

Un sábado, mientras caminábamos por la playa atestada de turistas,  
le pregunté si alguna vez había visto a una sirena.

Me sonrió y dijo:

–No, nunca. Pero sé de alguien que escuchó cantar a una. Fue poco tiempo después  
de que esta playa naciera.

–¿Naciera? –le dije, olvidándome de la sirena.

–¡Claro! –respondió y sus ojos brillaron verdes y risueños–.

Todas las cosas nacen en algún momento y en algún lugar.

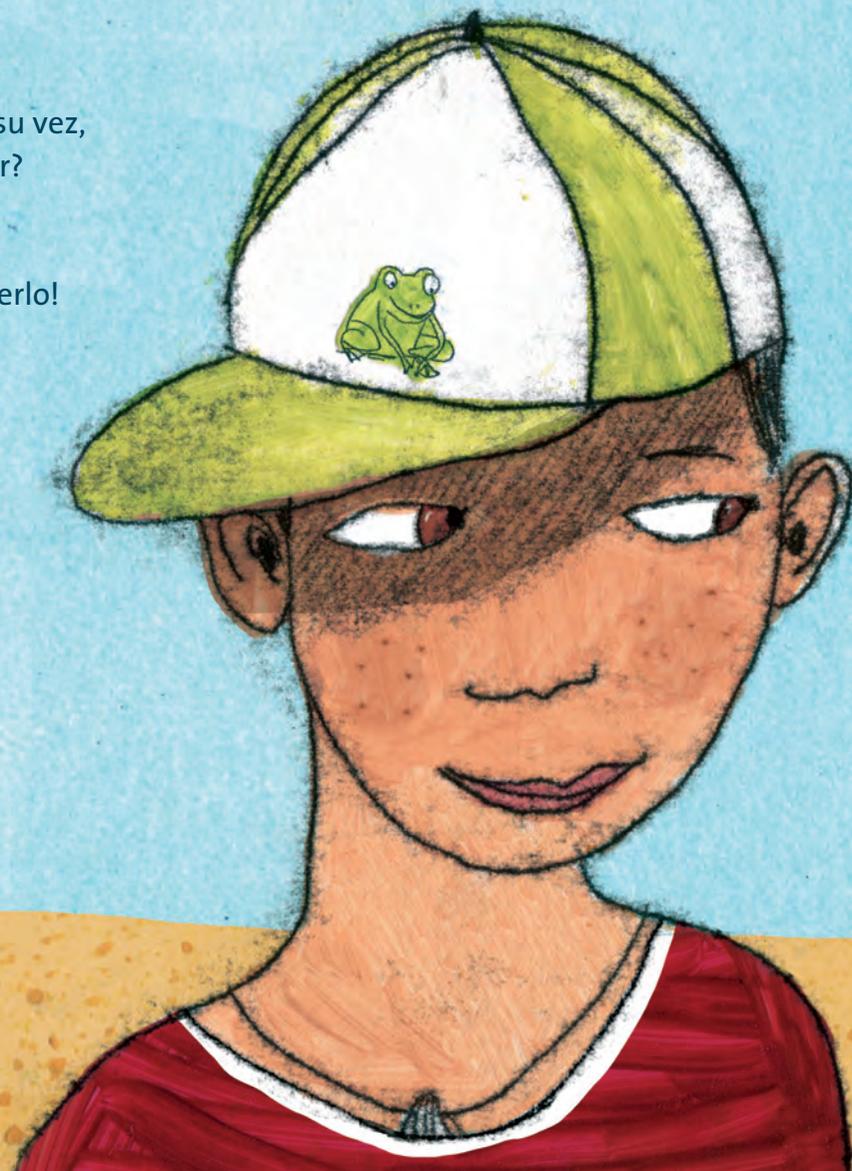
Las estrellas en el espacio. Las sirenas en el mar. Y el mar, a su vez,

también nació. ¿Quieres que te cuente cómo nació este mar?

Serás el primero en saber la verdadera historia.

¿Qué hubieran dicho ustedes? ¡Desde luego que quería saberlo!

Dije que sí, me hizo prometer que le guardaría el secreto  
y comenzó su relato:



Hace tanto tiempo vivía por acá una niñita de grandes ojos café, más café que los tuyos, por cierto. Su casa era la última de la senda y tenía atrás un patio abierto que daba a una vereda, y al cruzar la vereda había llanuras enormes que llegaban hasta un bosque. Tendría ocho años el día que sus papás la llevaron a conocer el mar, pues nunca había ido. Quedó impresionada con el infinito en los ojos, el viento en la cara, la arena cálida bajo los pies descalzos, la luz que brillaba mágicamente en todas las cosas, y vio con la boca abierta como un barco se perdía en el horizonte.





Le gustó tanto el mar que decidió llevarse un poquito de arena a casa. Y, ¿por qué no?, también un litro de agua salada. Y dos conchas, una piedra, un caracol que se arrastraba por ahí como si tal cosa, un pedazo de madera, un alga casi seca y un trozo de *asaberquéera* blanco y liso. Agarró en una bolsa un jirón de viento y lo echó todo en una pecera y en una caja.